



# MICHEL HOUELLEBECQ

El polémico escritor regresa a las librerías españolas con *El mapa y el territorio* (Anagrama), la novela que le ha arrebatado la aureola de malo oficial de Francia de la mano del Premio Gouncourt. El texto, en lo estrictamente literario, supone la expiación de sus pecados anteriores y la vuelta a las páginas brillantes que le consagraron como una voz distinta, irreverente y radical

## El espejo roto del narrador

### Novela

POR LUCAS MARTÍN

■ Sí, Houellebecq suscita desconfianza. No tanto por las razones oficiales, el desdén, la misantropía, el escaso respeto a las convenciones, como por su desigual y curiosísima carrera literaria. En poco más de una década, el popular francesito, tan artero como vulnerable, ha dado títulos extraordinarios, pero también muestras de fatiga, desaliño, e, incluso, haraganería. Desde la publicación de sus dos primeras novelas —las espléndidas *Ampliación del campo de batalla* y *Las partículas elementales*— el autor ha sido capaz de despreciar su propio crédito con libros de una mediocridad sorprendente, endebles y erráticos, aunque, eso sí, propulsados en una lengua publicitaria parecida a la de los chicos malos, y famosos, del rock, la de los viejos malditos, ya tan poco afecta al público literario.

Con Houellebecq uno no sabe en ningún momento lo que mete en casa. Ni siquiera si viene precedido por las candilejas del Premio Gouncourt y el disgusto de los que le acusan de abandonar su propensión al escándalo; lo que representa dos buenas premisas, aunque igualmente frívolas y cercanas a la hojarasca. Con *El mapa y el territorio* (Anagrama), el escritor únicamente arrastraba una polémica de corte morcillón, el presunto plagio de fragmentos de la Wikipedia francesa, algo que de haberse realmente producido no deja de resultar intrascendente en el resultado. Lo que llama la atención es que sus primeros lectores de Francia pasaran por alto justamente lo que le achacaban; la nueva entrega de



MICHEL HOUELLEBECQ  
**El mapa y el territorio**

► Traducción de Encarna Castejón.  
ANAGRAMA. 21,90 €.

### Las viejas maestras

► Si Jed Martin, el protagonista de esta novela, tuviera que contarles la historia, quizá comenzase hablándoles de una avería del calentador, un 15 de diciembre. O de su padre, arquitecto conocido y comprometido. Evocaría, desde luego, a Olga, una rusa muy bonita, a la que conoce al principio de su carrera en la exposición inaugural de su obra fotográfica, consistente en los mapas de carreteras Michelin.

Houellebecq es también una de sus novelas más violentas, si bien espiritualmente violenta, de resabio beckettiano, aunque con tintos muy distintos a los del irlandés. *El mapa y el territorio* no es un texto genial, pero sí contiene recursos absolutamente geniales, especialmente en la respuesta final, brusca e impredecible, capital para entender la propia búsqueda estética y vital del narrador francés. De nuevo, Houellebecq, como en tantas otras novelas, columbia al



El escritor francés Michel Houellebecq ha publicado su última novela. PABLO GARCÍA

**Houellebecq vuelve a ser, esta vez sí, el francés bello y grotesco del tipo Napoleón, con polainas y llanto de perro, lírico y sagaz**

lector en sus reveses iniciales por un abismo a medio camino entre la energía de sus primeros títulos y la abulia de los que llegarían después. En las cincuenta páginas de apertura, Houellebecq, el cínico Houellebecq, hace que su público se enterezca con sus mejores galas, pero también con las que provocan el abandono, el apresurado toque de campana y la sensación de estar frente a la misma charlatanería amorfa que glosa algunos de sus ejercicios menos hechos y bríosos, caso de *Plataforma*. Se percibe al escritor del oficio, haciendo páginas como otros hacen salchichas, perfunctorio, de prosa instantánea y pretendidamente americana, poco o nada francesa, *antiproust*. Lo bueno es que esta vez detrás de eso hay un discurso que crece como un bosque umbroso hasta devorar, incluso, hasta a los que no son sus creyentes y a los que simplemente pasaban por allí. Houellebecq, vuelve a ser, esta vez sí, el francés bello y grotesco del tipo Napoleón, con polainas y llanto de perro, inteligente, anacreóntico, de un extraño lírico, observador.

*El mapa y el territorio* relata la vida de Jed Martin, un artista que comienza haciendo inventarios fotográficos de utensilios in-

dustriales y acaba como retratista, no sin antes entreverar paisajes con su semblanza reticular de la guía Michelin. El padre de Jed es un arquitecto jubilado, hecho polvo, silente, desganado. La máquina del escritor francés empieza entonces a añadir detalles congruentemente houellebecquianos, una chica macizorra, un misterio infantil sin ánimo para las preguntas y tampoco para las respuestas, un asesinato, aparatos domésticos que no funcionan, renuncias, capitulaciones, oropeles. El envite le permite al narrador zascandilear por esos ámbitos de la sociedad capitalista a los que es tan cercano, los gabinetes, el rodillo de la prensa, aunque simplemente como molde para pensar su jugosísima lectura de la naturaleza y el arte, el mundo y su representación, o mejor dicho, la representación de su representación. Un movimiento que le lleva, incluso, a entretenerse con maestría en la reconstrucción artificiosa y placentera del mundo rural, de la Francia agreste, una de sus debilidades paisajísticas. Houellebecq llega, incluso, a tirar de Houellebecq, al que convierte en su propio personaje en una estrategia narrativa que al principio desagrada, luego resulta simpática por esperpéntica y finalmente epata por su sadismo, su conjura y su sentido del humor. Quién lo diría. El escritor francés lo ha vuelto a hacer. Justo cuando parecía apoltronado y apático. O precisamente por eso. *El mapa y el territorio* tiene mucho que decir.